

EDUARDO TERRÉN (ed.): *Razas en conflicto. Perspectivas sociológicas*. Anthropos, Barcelona, 2002, 298 pp.

En los recientes debates en y entre las distintas disciplinas sociales ocupa un lugar principal el del estatuto de las dimensiones étnicas en la construcción de la identidad. En los procesos complejos de identificación, en los que conviven conflictivamente los modelos que vienen del linaje, del trabajo y del consumo, parece existir un doble titubeo: la dificultad de acomodar en el marco explicativo los elementos que tienen que ver con lo étnico, con lo básicamente «cultural» (en el sentido preindustrial del término) y, como correlato, la imposibilidad de negar la presencia de dichos fenómenos en la realidad posindustrial de los migrantes y multiculturales, es decir allí donde campea la globalización como nueva forma de reproducción de las desigualdades.

El trabajo de selección de textos que coordina el profesor Eduardo Terrén pretende revisar y fundamentar los conceptos y, al tiempo, presentar diversas líneas —clásicas y actuales— en las que los conflictos inter e intraétnicos han ido siendo analizados. Ese es el

objetivo de su trabajo inicial: situar el conflicto étnico en el desarrollo de la propia sociología. Una disciplina o un campo disciplinar que surge y se mueve en un mundo marcado por la dominación y la explotación. No es un laboratorio de modelos constructivistas o domesticadores sino un complejo proceso académico, publicístico, investigatorio que acompaña el afán de dar razón de las formas de dominio. Nociones como raza o etnia tienen, a esta luz, una genealogía importante: surgieron de la voluntad de establecer un principio (de una *ratio*, de una razón de la raza) que permitiese justificar no tanto las diferencias sino los desequilibrios, que en el momento premoderno se fundamentaba seleccionando nacionalidad o religión como constitutivos inmutables de la etnicidad, que se fueron deslizando con el racionalismo biologicista ilustrado hacia una atribución de diferencias inmutables según propiedades consustanciales a los diversos tipos humanos que la biología pretende descubrir y establecer.

Esa idea de superioridad de la raza blanca que se atribuye a causas naturales irá encontrando su otra (y tal vez verdadera) cara al recorrer los ava-

tares del contexto productivo, colonizador, en el que se arma tal constructo. El *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* de Gobineau (1853) así como los trabajos de Knox *Razas del hombre* (1850) preparan tanto el desarrollo de las categorías e instituciones sociológicas y antropológicas como la difusión de un correlato del que los estudiosos de finales del XIX (incluido Freud) beberán sin duda: los primitivos son nuestra infancia, enunciado tras el que subyace un implícito discriminador, pese a su aparente «evolucionismo»: hay razas que no dan (en la lógica del desarrollo industrial) para más. Con ello lo que se muestra es el doble proceso de naturalización de lo que es cultural (y cultural aquí es cultura industrial, es proceso de colonización y explotación de recursos del mundo), y también de culturalización (abstracta, pues la noción de raza o de etnia se define como algo exento y previo a la revolución industrial y detectable yendo «más allá» de ella) de lo que era supuestamente natural.

En ese sentido resulta muy ilustrativo el proceso de formación de categorías que acompañan la llamada «Conquista del Oeste», con la consiguiente devaluación racial.

Así como el surgimiento de los tratados de sociología de Hughes (1854) y Fitzburg (*Sociología para el sur*) y el proceso de socialdarwinismo y eugenesia que anida en el ya centro del imperio. Tal como Terrén muestra en su trabajo inicial y se ve avalado en la selección de textos, hubo que esperar a la segunda posguerra mundial para levantar la losa del determinismo, en realidad de un pensamiento haragán que prefirió confundir sus intereses con la realidad cambiante de los grupos sociales.

Este levantamiento del determinismo abrió paso al interés vehemente por el culturalismo y el mestizaje: *Beyond the Melting-pot*, Glazer y Moynihan, 1970 y *The rise of un-meltable ethnics*, publicado por Novack en 1971 aparecen como lugares emblemáticos del intento de reconocimiento de un conjunto de rasgos que no habían sido contemplados ni analizados como merecían. Y no lo había sido ni en el naturalismo determinista y racista ni tampoco en las formas de la sociología de la modernización que pedían ir a lo complejo: las identidades, efectivamente, se juegan en el lugar que los sujetos ocupan en las relaciones de producción, pero este nuevo patrón identitario no elimina el peculiar peso

que las marcas étnicas (pero también las de género, edad, hábitat) siguen teniendo bajo las formas industriales de configuración grupal.

La selección de textos en que se desarrolló este proceso es amplio y gradualmente justificado. Desde las brillantes miradas de los clásicos (Tocqueville, Simmel) al episodio que sigue dando tanto que pensar y elaborar de la escuela interaccionista (de Park a Schutz, con la herencia de Weber y la decidida elaboración de Myrdal y las reflexiones de Blumer) en la medida en que se nos abre a una mirada inmanente: desde las propias categorías de los otros, los migrantes, los de «otras etnias». Pero también resulta de gran interés el repertorio de autores que plantean los nuevos marcos sociológicos que enfocan lo nuevo de la etnicidad (Glazer), que aúnan etnia y mercado de trabajo (Bonacich), que lo vinculan con las específicas formas de exclusión de género (Flya Antias y Nira Yuval-Davis). Y esto es lo que hace de la obra un repertorio de materiales crítico, rico y abierto a debates realmente interesantes. Más allá de las nuevas escolásticas del llamado multiculturalismo que se muestra a veces como descubridor de un Mediterrá-

neo que llevaba ante los científicos sociales una buena temporada: quizá bastaba con contemplar el mestizaje de nuestro propio entorno (español, europeo) Lo que pide sospechar del pensamiento cuando menos perezoso que habla en términos de «cultura occidental» o de «civilización cristiana» (verdaderos mascarones de proa del actual movimiento reaccionario que se reboza de globalización) y atender, para empezar, a los procesos de nomadismo y migración de los que venimos todos. Sin excepción.

JOSÉ MIGUEL MARINAS

JAVIER DE LUCAS Y FRANCISCO TORRES (eds.) *Inmigrantes: ¿cómo los tenemos? Algunos desafíos y (malas) respuestas*. Talasa, 239 pp.

Como se afirma en la contraportada del libro, España es «un país de inmigración con un déficit clamoroso de instrumentos adecuados para gestionarla». Este contexto deficitario reclama análisis que trasciendan la hegemónica construcción social de la inmigración como problema, peligro y amenaza, para cen-